Descolonizar las bibliotecas

Unos apuntes

Feria Internacional del Libro de Cusco (Perú). Noviembre 18, 2023.

Edgardo Civallero

Introducción

¿De qué hablamos cuando hablamos de "bibliotecas"? ¿Y de sus contenidos? ¿A qué nos referimos cuando tratamos sobre "documentos"? ¿Cuál es, desde nuestra perspectiva, el "por qué" y el "para qué" de nuestros espacios de conservación de saberes y recuerdos? ¿Qué es lo que hacemos los bibliotecarios, los archivistas, los museólogos?

Durante los años en los que cursé la carrera de Bibliotecología y Documentación en la Facultad de Filosofía y Humanidades de la Universidad Nacional de Córdoba, en Argentina, creí encontrar las respuestas —si no todas, al menos un puñado de ellas— a esas preguntas. Eran respuestas que llegaban desde las páginas de los manuales más destacados de las disciplinas del conocimiento y la memoria. Y desde artículos, y conferencias, y declaraciones internacionales, y recomendaciones, y líneas-guía — el mundo de las bibliotecas, los archivos y los museos, bien lo sabemos, está poblado de definiciones, de conceptos y de herramientas, y todo está medido, controlado y normalizado.

Sin embargo, hoy sé que todo lo que tenía entonces entre manos no era sino la versión oficial de los hechos: un paquete de respuestas enlatadas que solo tenían en cuenta las realidades de una pequeña mayoría de bibliotecas. Y que, como siempre, dejaba de lado, consciente o inconscientemente, a la enorme minoría.

Tardé algunos años en darme cuenta de todo eso. En entender que existían mayorías pequeñas y minorías grandes, y un discurso hegemónico que hablaba de las primeras e ignoraba a las segundas. En averiguar que lo que contaban los sagrados manuales no era la verdad, o al menos no toda ella, y que, como decía el Subcomandante Marcos cuando escribía en Chiapas, había muchos mundos, pero estaban en este.

Y muchas bibliotecas posibles dentro de eso que, hoy por hoy, y a pesar de todo, nos empeñamos en seguir llamando "biblioteca".

Preguntas incómodas

La primera pista de que mis saberes y mi formación no eran tan sólidos como yo creía ni tan monolíticos como parecían la recibí poco después de graduarme, en una comunidad indígena del noreste de Argentina: un lugar desbibliotecado al cual llegué precisamente para que dejara de serlo. Cuando me planté ante los comuneros y les anuncié la buena nueva de la llegada bibliotecaria a sus tierras y a sus vidas, recibí una serie de miradas frías y una sola respuesta. Una respuesta en forma de pregunta.

"¿Y para qué queremos una biblioteca?"

Aquella frase me golpeó. ¿Cómo era posible que alguien no quisiera una biblioteca?

Tuve la suerte de no quedarme como rehén de mis propias ideas: me di permiso para explorar las de aquellos que habían decidido permanecer orgullosamente desbibliotecados. ¿En qué posición se encontraba esa comunidad? Poco a poco logré entender que la biblioteca —o, al menos, la versión de "biblioteca" más extendida y común; es decir, la que yo conocía, defendía y llevaba conmigo— no solo no respondía a ninguna de las necesidades de aquella comunidad ni solucionaba ninguno de sus problemas, sino que además les creaba inconvenientes adicionales. Era un elemento extraño, un intruso invasivo, un implante externo que jamás iba a arraigar en aquel territorio, entre aquella gente que insistía en preguntarme para qué rayos querrían lo que yo iba a ofrecerles.

Mis reflexiones me desnudaron y me pusieron delante de un espejo cruel. Me enfrenté a mis pobres creencias y constructos; a mis miserias intelectuales, sujetas a duras penas con alfileres académicos; a mis estereotipos y prejuicios; a mis ideas pequeñas y limitadas sobre el universo en general y sobre mi mundo en particular... Y fue entonces cuando comencé a sospechar que probablemente existieran muchas formas potenciales de biblioteca: tantas como grupos humanos, como horizontes, como historias y memorias... Al mismo tiempo empecé a intuir que los manuales que utilicé para aprender mi profesión mostraban solo una parte de la realidad, y lo hacían a sabiendas de que estaban dejando

de lado muchas experiencias, posibilidades y caminos. Y terminé suponiendo que aquella pregunta comunitaria, que había quebrado tantas de mis certezas, no iba a ser la última que tuviera tal efecto.

Y así fue. Poco tiempo después, en un pueblo del noroeste argentino en donde ayudaba a crear un archivo local, un joven quiso saber si en esos estantes llenos de papeles y fotos podían guardarse fragmentos textiles. Recuerdo menear la cabeza en un mudo gesto de negación, y sus ojos sorprendidos, y la pregunta saliendo rápida de sus labios:

"¿Y por qué no?"

No supe qué decir. ¿Porque lo decían lineamientos y políticas diseñadas lejos de allí, al otro lado del mundo? ¿Porque lo mandaban las grandes autoridades de la archivística, que preferían desconocer realidades ajenas a la suya, la dominante, la correcta? ¿Porque la palabra, generalmente escrita, a veces hablada, era la reina dentro de las disciplinas de gestión de saberes y memorias, y los textiles eran "otra cosa"? Ninguna de las respuestas que ensayé me convenció. Me lo quedé mirando, con una olímpica cara de estúpido, y me encogí de hombros, más estúpidamente aún.

Tardé mucho tiempo en encontrar una respuesta adecuada a aquella duda. Para cuando finalmente lo hice, lo único que logré fue quebrar todavía más los para entonces endebles cimientos de aquello que yo creía saber.

El golpe final llegó un par de años después, nuevamente en el noreste de mi tierra natal, cuando explicaba a un grupo de bibliotecarias las diferencias entre una biblioteca, un archivo y un museo. Una mujer ya entrada en años, claramente indígena y orgullosa de serlo, me preguntó por qué se hacían esas barbaridades con la memoria de un pueblo.

"Nuestra memoria, la memoria de mi gente, es una sola" me dijo. "No la partimos para colocar los pedazos en cajitas separadas dependiendo de la forma que tengan".

Su comentario tenía todo el sentido del mundo: en mi vida profesional me había dedicado precisamente a fragmentar patrimonios y a colocar esos trozos en espacios diferentes, y a aplicarles etiquetas, normativas y políticas de organización y clasificación. Todo ello para, acto seguido, invertir una cantidad similar de tiempo y esfuerzo en volver a pegar esos

pedazos para que tuvieran sentido — lo cual, todo hay que decirlo, muy pocas veces era factible, o tenía un resultado exitoso. ¿Por qué hacíamos eso?

Con el paso del tiempo terminé sumando todas mis dudas — esas que acumulé en mis muchos años andando entre bibliotecas, archivos y museos, grandes y pequeños, en todos los rincones de América Latina. ¿Por qué no había libros en lenguas indígenas en bibliotecas que operaban en comunidades en donde se hablaban sobre todo lenguas indígenas? ¿Por qué la oralidad no se reconoce como una fuente de información válida si, a día de hoy, la palabra hablada sigue siendo el principal medio de transmisión de saberes? ¿Por qué el cartel de una obra de teatro es considerado un documento pero una calabaza grabada o una tela pintada no? ¿Por qué seguimos haciendo tanto hincapié en la lectura y en los libros cuando hay muchos otros medios para adquirir y traspasar conocimientos y destrezas? ¿Por qué unos libros colocados en unos estantes son una biblioteca pero los mismos libros en un canasto, una caja o una mochila dejan de serlo? ¿Por qué unas hojas cosidas entre dos tapas de cartón pintadas no son respetables como fuente de información, pero las mismas hojas, grapadas bajo un sello editorial, sí lo son?

De la suma de esas preguntas surgieron muchas otras. Muchas más. Especialmente sobre mi profesión. ¿Por qué, como bibliotecarios, o archivistas, o museólogos, creemos lo que creemos y hacemos lo que hacemos? ¿Dudamos alguna vez, o simplemente actuamos como autómatas, sin hacer preguntas? ¿Nos han dado la oportunidad de pensar críticamente? ¿Nos la hemos dado nosotros? ¿O somos simples máquinas de aplicar herramientas, neutrales y asépticas? ¿Nos damos cuenta de que lo que hacemos día a día es algo político, un proceso social que implica mucha responsabilidad y un compromiso?

Desde entonces recorro el mundo con más dudas que certezas, y con mi morral lleno de cuestionamientos que pocas veces reciben contestación. He sumado a mi vocabulario algunos términos nuevos que me han ayudado a entender un poco mejor —pero solo un poco— en donde estoy parado como profesional de las disciplinas del conocimiento y la memoria. Me he quitado algunos preconceptos de encima, aunque hay otros que llevo prendidos como abrojos, o adheridos como tatuajes a la piel. Entendí un poco del qué hacemos, del con quién, del cómo, del cuándo, del dónde...

Pero sigo sin tener claridad acerca del por qué. O del para qué.

Y es cuando me acerco a estas últimas preguntas cuando comienzan a aparecer ciertas ideas: resistencia, trinchera, rebeldía, brechas, luchas, activismos, militancias... Y, sobre todo, descolonización.

Espacios colonizados

Todos los espacios de gestión del conocimiento y la memoria son lugares muy poderosos. No en vano se ha repetido hasta la saciedad que "la información es poder".

Y es por esa razón que tales espacios han sido, desde siempre, territorios en disputa.

Así han surgido conceptos como "memoricidio" y "epistemicidio" — procesos dirigidos a aniquilar los saberes y los recuerdos del adversario, sea quien sea. La historia humana está plagada de esos eventos destructivos, que pueden incluir documentos y sus edificios contenedores, pero también personas y sus sitios de reunión e intercambio de ideas. Sea como sea, el resultado final es que el conocimiento y la memoria desaparecen. Y con ellos, la identidad y la historia.

Bibliotecas, archivos y museos son espacios que definen lo que se sabe y lo que se recuerda, lo que se dice y lo que se piensa, lo que es correcto y está permitido y lo que no lo es ni lo está. De ahí su importancia. Con honrosas excepciones, suelen responder a los intereses, agendas, discursos y necesidades de los poderes de turno: aquellos con recursos para mantenerlos activos y protegidos y, a la vez, para controlarlos y utilizarlos a su favor o en su beneficio. Gobiernos nacionales, sistemas regionales, autoridades locales, organizaciones e instituciones privadas: todas ellas manejan sus repositorios de información de acuerdo con sus intereses y sus líneas de acción, que suelen representar más sus propias búsquedas que las necesidades de la comunidad a la que sirven. De esta forma, las políticas de adquisición o el desarrollo de colecciones, por ejemplo, suelen estar fuertemente influenciadas por los objetivos e ideologías de las organizaciones que gestionan esos espacios.

Teniendo en cuenta tales influencias, puede afirmarse que las bibliotecas, los archivos y los museos pueden —y suelen— ser espacios colonizados. Espacios sujetos a directrices férreas y limitadas sobre qué historias contar, qué elementos mostrar, qué lenguas y

culturas reflejar, qué usuarios aceptar, y qué elementos dejar fuera y, por ende, invisibilizar o silenciar.

Si bien no siempre se trata de una decisión consciente o definida, el comportamiento colonizado suele estar presente en muchos espacios de gestión de saberes y recuerdos. Los acervos documentales suelen reflejar el formato dominante (escrito o impreso), la lengua oficial, los sectores sociales en el poder, y las ideas y opiniones de determinados grupos socio-económicos. Se suele dar preponderancia a grandes editoriales, contenidos académicos, figuras y fechas "destacadas" y discursos hegemónicos — incluyendo "la voz de los vencedores". Todo lo demás, todo el enorme conjunto de datos que queda fuera de estos parámetros, puede llegar a ser incluido como elementos minoritarios o colecciones especiales.

O, simplemente, puede no estar.

Al tratarse de espacios relevantes y generalmente influyentes dentro de una comunidad determinada, esos sitios, colonizados de esa manera, se transforman, por lo general sin siquiera buscarlo, en lugares de colonización. En instituciones y fuerzas colonizadoras. Sus servicios y actividades filtran e instauran un discurso y una ideología determinada, orientan los intereses y las decisiones en una cierta dirección, y marcan el terreno de juego — el central (lo que interesa) y el marginal (lo que queda fuera).

A la postre, sus contenidos y servicios imponen una concepción de "cultura" que en ocasiones no es integral ni representa los intereses, las búsquedas o la realidad de aquellos a quienes pretenden servir. De hecho, desde inicios del siglo XX hasta tiempos relativamente recientes, las bibliotecas, archivos y museos sirvieron, en buena parte de América Latina, como lugares de "alta cultura". Llegó incluso a usarse el término "civilización", en contraposición con la "barbarie" que representaban los acervos populares. Un ejemplo claro de este tipo de accionar se dio en Argentina bajo la presidencia de Domingo F. Sarmiento, creador de las escuelas públicas y las bibliotecas populares de aquel país. Los saberes tradicionales fueron descartados, ninguneados o minimizados, y se dio preponderancia a lo que se mostraba en la biblioteca: literatura, música, artes plásticas y otros elementos "universales".

Es decir, principalmente europeos.

Incluso a finales del siglo XX, buena parte de las bibliotecas que operaban en territorios rurales latinoamericanos no incluían, en sus colecciones, contenidos que tuvieran siquiera una mínima relación con las comunidades que atendían. Se intentaba "llevar la cultura" a esos rincones, que desde hacía siglos tenían voces propias.

Voces que se desconocían. O incluso se menospreciaban.

Se pusieron en marcha, de esa manera, una serie de fuertes procesos de aculturación, que condujeron al abandono de idiomas nativos, costumbres regionales y expresiones artísticas tradicionales. La historia local, generalmente oral, se dio por perdida, y se implementaron programas de lectura que lograron que en la Amazonia se leyeran los cuentos de Perrault y en los Andes se conociera a Pinocho mientras se olvidaban muchas de las antiguas narraciones de siempre.

Sobra decir que la apertura de la biblioteca a la cultura universal —no la europea: la realmente universal— es una propuesta excelente. Y que la exposición de obras de arte internacionales en los museos, y el resguardo de la memoria institucional en los archivos es algo positivo en todos los aspectos. Pero tales quehaceres deben ir acompañado por un reconocimiento objetivo y sin matices de todo lo demás: las realidades locales, los discursos "alternativos", las posibilidades y necesidades de la comunidad a la que se pretende servir... Si ese acercamiento integral no se logra, el accionar de los espacios de gestión de conocimiento y memoria será parcial. Siempre parcial.

Y, por ende, absolutamente desprovisto de equilibrio.

Los procesos colonizadores y colonizantes llevaron a que, en términos muy genéricos, la biblioteca fuera entendida como un espacio silencioso, delimitado por muros y habitado por estantes. Estantes en los que dormían, ordenados y limpios, los contenidos bibliotecarios: libros y otros materiales escritos o impresos, producidos todos ellos por autores fiables y publicados por editoras relevantes. Algo similar ocurrió con los archivos y los museos. Todo aquel saber y toda aquella memoria que no entrase en los parámetros de las instituciones gestoras se descartaba, por inservible.

La biblioteca era, así, el "templo del saber". Un templo poblado por sacerdotes y sacerdotisas neutrales, en donde dominaba lo normativo, lo monolíticamente homogéneo,

lo hegemónico: la lengua nacional en su versión culta, las opiniones más fuertes y respetables, los autores respetados (nótese el masculino), la historia oficial, las narrativas aceptables...

Se conformó de esta forma un espacio estereotipado que dejaba fuera a aquellos que no aceptaran sus normas, aunque... ¿por qué no iban a aceptarlas? Lo más fino y noble de la producción intelectual humana estaba allí. Es más: lo *verdadero* estaba allí. Y si no estaba, era porque no merecía un sitio en esos estantes sacrosantos.

El discurso bibliotecario, centrado en semejante visión del mundo, se perpetuó a través de carreras académicas, textos y conferencias, igualmente hegemónicas e igualmente normativas. No hacía falta cuestionar, ni pensar críticamente, ni preguntar por qué o para qué se hacía lo que se hacía. Todo atisbo de independencia, de reflexión y de política se dejó de lado.

Afortunadamente, muchas prácticas bibliotecarias, archivísticas y museológicas cotidianas, especialmente aquellas desarrolladas en los márgenes y periferias, plantearon numerosas dudas acerca del modelo descrito hasta aquí, el vigente, y han terminado demostrando que otra gestión del conocimiento y la memoria es posible. Que hay muchas bibliotecas potenciales dentro de eso que seguimos llamando "biblioteca". Que esos espacios de cultura lo son también de resistencia, rebeldía y lucha. Que los saberes manejados en esos sitios pueden ser —y, de hecho, son— fermento de activismos y militancias sociales, culturales, económicas, políticas, identitarias y ambientales...

Era algo esperable, a fin de cuentas: los custodios de los espacios de gestión, y sus usuarios y visitantes, conscientes del poder que tenían a su alcance, terminaron por apropiarse de ellos, y los re-significaron y adaptaron a sus necesidades, visiones, contextos y características. Los despojaron de muros y cepos, los hicieron respirar, y les dieron motivos y quehaceres.

Y, poco a poco, en un proceso de base y de investigación-acción totalmente basado en la evidencia, comenzaron a descolonizarlos.

A descolonizar

Descolonizar los espacios de gestión de saberes y recuerdos no implica renunciar a todos los logros y avances alcanzados por las bibliotecas, archivos y museos hasta la fecha. Significa, sí, poner sus estructuras, ideologías y acciones bajo la lupa, en un proceso abierto y colectivo de pensamiento crítico. Significa someterlos a dos preguntas esenciales: "¿por qué?" y "¿para qué?" Significa cuestionarlos, desafiarlos, desarmarlos y volverlos a armar, eliminando aquellos rasgos que puedan resultar o parecer colonizados y colonizadores.

Uno de los primeros pasos para lograr una verdadera descolonización de todos esos espacios, llámense como se llamen, es convertirlos en lugares colectivos — *verdaderamente* colectivos. Al fin y al cabo, manejan un bien que no es de consumo y que pertenece *a todos*. Deben ser sitios abiertos, plurales e inclusivos, y deben apostar por los derechos humanos, la responsabilidad y la justicia sociales, el equilibrio y el compromiso en beneficio de todos.

Para lograr semejante objetivo, bibliotecas, archivos y museos deben ser apropiados por la comunidad. El colectivo de usuarios reales y potenciales debe convertir esos lugares en suyos — tanto física como conceptualmente.

Y en todo proceso de apropiación hay uno implícito de subversión. De cambio de significados.

Descolonizar la biblioteca implica, en resumidas cuentas, ponerla en manos de su comunidad para revisar y reformular sus significados, internos y externos, de manera crítica. ¿Los contenidos y servicios representan a la comunidad y a sus características, o responden a lineamientos e intereses externos? ¿La estructura, la forma de trabajo, la organización de tareas y las actividades planteadas dan un verdadero servicio a la comunidad, o simplemente son elementos "enlatados", llegados desde fuera y desconectados de las inquietudes de la comunidad? ¿Está la biblioteca lista para evolucionar y adaptarse a la comunidad, o busca que la comunidad se adapte —a la fuerza— a sus propuestas?

Se trata de un proceso que implicará plantear preguntas incómodas y enfrentarse a realidades más incómodas aún: a un *statu quo*, a un sistema hegemónico, que en ocasiones quiere a las bibliotecas, archivos y museos, y a sus colectivos de usuarios y vistantes, exactamente donde ellos desean que estén, y no donde deberían o quisieran estar.

Se trata de una serie de acciones que precisan de un profundo compromiso con el bienestar colectivo. Acciones de largo alcance, con numerosas etapas que representarán un verdadero desafío en términos de pensamiento, análisis y construcción.

Pero es un proceso absolutamente necesario. Al menos, si queremos dejar de ver bibliotecas vacías, libros sin leer, y poblaciones enteras que dan la espalda a sus espacios de gestión de conocimiento y memoria y eligen otros caminos, no siempre los mejores, para acceder a saberes y recuerdos.

Y será un proceso no exento de discusiones, choques y conflictos. Como queda dicho, bibliotecas, archivos y museos son territorios fuertemente disputados y, por ende, espacios de confrontación directa y cruda. Sin embargo, los resultados obtenidos por los muchos lugares de conocimiento y memoria que han entrado en procesos descolonizadores, especialmente los que trabajan en los márgenes, presentan un mensaje esperanzador.

Más allá de roces y discusiones, los caminos abiertos y transitados llevan a horizontes nuevos, interesantes, intrigantes... Horizontes de integración y diversidad, de pluralidad y respeto, de libertad y reconocimiento. Horizontes todos nuestros.

Y en esos horizontes hay muchas respuestas innovadoras para las preguntas que planteé al principio de esta conferencia. ¿De qué hablamos cuando hablamos de "bibliotecas"? ¿Y de sus contenidos? ¿A qué nos referimos cuando tratamos sobre "documentos"? ¿Cuál es, desde nuestra perspectiva, el "por qué" y el "para qué" de nuestros espacios de conservación de saberes y recuerdos? ¿Qué es lo que hacemos los bibliotecarios, los archivistas, los museólogos?

Y probablemente para todas esas preguntas que me hice, y que recibí, a lo largo de mis veinticinco años de carrera caminando senderos latinoamericanos. Esas preguntas para las cuales, aún hoy, todavía no tengo respuestas definitivas.

Aunque, créanme, ya voy consiguiendo algunos esbozos.